

AL INCONSECUENTE

Periódico semanal defensor de la consecuencia política y administrativa

<p>PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN</p> <p>Un mes. 50 céntimos</p> <p>Número suelto. 10 »</p>	<p>Redacción y Administración: MARQUÉS DE MONTROIG, 106</p> <p>—</p> <p>No se devuelven los originales</p>	<p>La correspondencia debe dirigirse al Administrador</p> <p>Los trabajos irán firmados, siendo responsable su autor</p>
-----------------------------------------------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

EL TAPETE VERDE ⁽¹⁾

Artículo de malas costumbres

¿Ha jugado V. alguna vez al «monte», lector benévolo? ¿ha llevado V. parte, bajo la fórmula de socio en cualquier «ruleta» o «set y mitj»? Pues no sabe V. lo que es bueno, si está libre de todo «albur» y virgen de toda aproximación.

Leyes que no me permito calificar, prohíben el juego; pasiones, malas o buenas, lo alimentan; pero la verdad es que el tapete verde es una especie de escuela de costumbres donde el escritor satírico, bueno o malo, debe ir a estudiar escenas y tipos y a «levantar muertos» cuando se venga a mano, si tanto se vá al extremo.

El juego comarcal y hasta nacional si se quiere, el popularísimo «monte» de nuestro casino, tiene verdaderamente encantos celestiales poderes extraordinarios, autoridad propia, axiomas irrefutables, lances de primer orden o de carreró, en fin todo lo «bueno» imaginable que darse pueda con permiso o tolerancia cuando menos de la presidencia y de su Junta.

Talla V. 50 pesetas o 200 duros, que lo mismo dá, y los puntos que estén acertados, le ganan a V. el dinero. Si esto sucede en invierno sudará V. la gota gorda, aunque el termómetro marque de 6.º bajo cero. Pero si por el contrario «dobla» V. su «banca» una, y otra vez, se mantendrá V. fresco aun cuando soplen todos los vientos que Eolo almacena en sus mitológicos odres. Nada, que el juego se ríe de las estaciones.

El dinero que gana V. por esos mundos de Dios, verdad es, que representa el trabajo y la honradez, pero tiene un gran peligro: puede hacer de V. un avaro si dá en guardarlo siguiendo las consecuencias lógicas de la adquisividad. Pero el dinero, que huele a azar, el «pleno» que acierta a la «ruleta» y el «set y mitj» que le favorezca, no criará modo bajo el poder de un jugador aclimatado, por que así como los cuartos del sacristán, se vienen cantando y se van también por música, un duro ganado en dos segundos nos parece que tiene menos de cinco pesetas, como inagotables creemos también la amabilidad del acaso que nos lo depara en un «martin gala» o en la racional de unas «iguales».

Uno de nuestros primeros popu-

lacheros, decía y por lo visto, no lo creía, que la casa de juego, es la antesala del patíbulo, pero en esto confieso hay una gran exageración.

¿Donde se creará V. más expuesto en el Casino jugando a los prohibidos o en la Casa Comunal malversando los fondos del pueblo? Entiendo que todo va derechito a un mismo fin de malestar, sentido más o menos temprano. Créame V., caro lector en asuntos de moral relativa caben muchos distingos, y a mi no me pueden negar nuestros primeros padres que el dinero procedente del juego es igual que el mal versado procedente de bienes comunales. Está V. Don Panchito y C.ª

Sucedan en el «Monte» cosas peregrinas. Así como un día cualquiera, sale V. de su casa y se encuentra quince o veinte imbéciles seguidos en una misma «sesión», (que dicen los doctos) «se dán doce sotás». Estas coincidencias son providenciales, no me lo niegue V.

Alguna vez el «Monte» va contra la dignidad humana, como por ejemplo, dice un filósofo que allí no es más que un distinguido «pessetero: soy caballo» por «seis reales». Pero otras veces alcanza los honores de la lista civil el primer quidam que grita: Soy rey por cinco duros.

El jugador de pura raza es decidido protector de las artes, como para demostrar que «la oreja de Jorge», de la que tanto tiran acaba por ilustrar a sus verdugos. Primero se compra el jugador en suerte una boquilla de ambar y espuma de mar;

(1) Reproducimos este artículo publicado en «El Justiciero» del 14 Agosto de 1910 por parecer hecho para la presente situación, pues es de toda oportunidad.

(N. de la R.).